

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE MI PUEBLO

Imanol Olaizola

Hace algunos años, en 1971, acabábamos de fundar Euskal Dantzarien Biltzarra y organizamos unas Jornadas Internacionales de Folklore. Después del acto de Clausura tuve la oportunidad de compartir mesa y manteles con el Profesor Don Julio Caro Baroja. En la conversación surgieron los comentarios de actualidad, los problemas de Euskalherria y una frase con la autoridad de quien la pronunciaba me impactó. No la he olvidado y ha sido a lo largo de estos años motivo desde el que he intentado otear el horizonte de nuestros comportamientos sociales y comunitarios.

Caro Baroja me dijo: “Olaizola, me gustaría saber qué clase de maldición pesa sobre nuestro Pueblo para estar eternamente dividido”.

Buena frase y gran preocupación la del Profesor Caro Baroja. Con ella toca una de las características que más gravemente han afectado y afectan a nuestro Pueblo.

¿Qué clase de maldición...?

Intentaré hilvanar algunas de las reflexiones que esta preocupación me inspira.

No pretendo ofrecer soluciones ni formular dogmas y desde el silencio de una meditación individual quisiera mostrar unas ideas surgidas a la luz de esa pregunta.

¿Pero, es que se trata de una maldición?

Todavía recientes los actos celebrados y trabajos publicados con motivo del Bicentenario del fallecimiento de XABIER MARIA DE MUNIBE E IDIAQUEZ, Conde de Peñafiorida, fundador de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, se me ocurren algunas reflexiones al hilo de la Conmemoración.

Si Munibe viviera en nuestros días ¿qué nos propondría para la problemática actual de Euskalherria?

A quien en sus días tuvo la valentía de escoger el camino de la incomodidad para ilustrar y remover aquel ambiente, que necesitaba de nuevo impulso, no se le puede negar esa extrapolación.

Si al artista la sociedad le impone el tributo de la incompreensión en aras de su genialidad, no sometamos, a una culpable limitación, a quien tanto hizo por Euskalherria.

Pienso que, nuestro mejor agradecimiento, debiera conducirnos a intentar trasladar el espíritu de Munibe a nuestros días para aplicarlo en la solución de nuestros problemas actuales.

De Peñafloreda, si debo elegir algunas de sus facetas, me quedo con su inconformismo e inquietud.

La personalidad de Munibe trasciende de la época y circunstancias directas que le tocó vivir. Su espíritu abierto, despierto y sensible era capaz de percibir, con aliento genial, soluciones que se adelantaban al pensamiento general de aquella sociedad. Sus raíces profundas no le impidieron la visión futura de unos cambios formales, que podrían permitir modificar las estructuras económicas y sociales, tal como el porvenir iba a exigir.

Creo que esta actitud puede considerarse como una de las típicas, entre las que se dan en nuestra estructura social y que contrasta con otra, igualmente típica. Esta diferenciación no responde a divergentes planteamientos ideológicos, sino, más bien, a diferentes actitudes formales.

¿Cuál podría ser la preocupación de Munibe y por qué su afán de intentar cambiar algunos comportamientos dentro de la caracterología vasca?

Una opinión autorizada nos recordaba... “su magia para concitar voluntades...”, derivada de su capacidad para contagiar su propio entusiasmo.

¿No intentaba quizá corregir el inmovilismo de los que se repliegan en sí mismos, dispuestos a “asaltar” a quien se les acerque, llegado el caso?

Este repliegue responde, típicamente, a la figura jansenista que tanto se da en Euskalherria, mezcla de pudor íntimo y energía rebosante, nada proclive al análisis amplio y decidido.

¿Es que podemos ignorar la falta de afición, entre nosotros, a la investigación, que es una forma de inquietud, de extroversión, de salir de sí mismo, de romper el “encastillamiento”?

¿No fue, acaso, un vasco quien dijo: “Que inventen los otros”?

¿No nos hemos sentido muy satisfechos, con copiar, con imitar, porque acaso se consideraba perder tiempo y dinero el dedicado a la investigación, fiándolo todo, a la habilidad en la copia?

¿No es, el “encastillamiento” una forma de cerrada oposición, mezcla de hostilidad y temor al diálogo que presume peligroso para sus posiciones inmovilistas?

¿Sería muy atrevido pensar que la imitación se deriva, de alguna forma, de la envidia y ésta arrastra al negro agujero de la difamación? Esta dinámica conduce por su ejercicio al enfrentamiento y a la lucha cada vez más dura y cruel.

En tanto que la observación y el estudio del ambiente ajeno pueden ser enriquecedores y evitar caer en errores ya conocidos, el afán de imitación y la envidia esterilizan la imaginación depauperando los recursos humanos.

La pervivencia de la cultura vasca y del euskara en particular, habida cuenta de nuestra situación geográfica, auténtica encrucijada histórica de importantes y fuertes culturas, parece casi milagrosa, más si consideramos que en distintos períodos de la Historia, grandes han sido los medios y esfuerzos puestos a contribución para tratar de reducirla y aún de aplastarla.

¿No es lógico atribuir a esa lucha por la supervivencia, el que este viejo Pueblo conserve una energía vital que lo distingue y diferencia de otros pueblos más jóvenes?

Recuerdo que, hace unos años, de visita en el Valle de Aosta, conversábamos con una alta personalidad política que nos comunicaba su preocupación porque observaba que su Pueblo —200.000 habitantes— mimado por los hábiles políticos de Roma, perdía su energía para mantener la lucha por la supervivencia de su cultura minoritaria. Es evidente que nuestro caso es diferente y Madrid no es Roma.

Cierto que, como decía Caro Baroja, en Euskalherria y a lo largo de la Historia han sido frecuentes las divisiones y las luchas fratricidas. ¿No habrán sido muchas de ellas originadas por las tensiones derivadas de las diferentes actitudes ante el futuro de nuestro Pueblo?

¿Cuál podrá ser el denominador común de todas ellas?

Algo que me pregunto frecuentemente y quizá es lo que preocupaba al autor de LOS VASCOS, cuando me formulaba su cuestión, es si las virtudes y los defectos de este Pueblo, quizá mayores y más arraigados que en otros, no lo son, precisamente, por esa enorme energía vital que atesora y que mal conducida puede ser fuente de conflictos y enfrentamientos graves.

Esa lucha secular que Euskalherria mantiene para preservar su cultura y con ella su personalidad es evidente fuente de energía, las diferencias entre los que desean conservarlo todo tal como lo han conocido y los que desean que su Pueblo renueve su ropaje con la aportación de nuevas formas que le permitan enriquecer su potencial humano y cultural, aquí son más duras y violentas y generan divisiones profundas que evolucionan a lo largo del

tiempo, no llegan a superarse y como el Guadiana desaparecen para volver a surgir.

Nuestro Pueblo Vasco es un pueblo notable por sus contradicciones, algunas tan importantes como las que representan los dos arquetipos descritos y que con la energía que les dota la permanente lucha por la supervivencia cultural, podrían llegar a adquirir caracteres de carta genética.

¿Pueden ser consideradas estas reflexiones como material interesante respecto al problema planteado por el Profesor Caro Baroja?